

CONJETURAS METAFISICAS SUGERIDAS POR LA LOGICA

Aunque me reserve una distinta valoración del kantismo, uno de los artículos más eruditos y sugerentes que yo he leído de Enrique Rivera de Ventosa es el que presentó en el Congreso Internacional conmemorativo del séptimo centenario de Santo Tomás de Aquino¹ bajo el título «De Kant a Santo Tomás».

Retoma Rivera de Ventosa la afamada pregunta de Heidegger «¿Por qué es más bien el ente y no la nada?», y en la indagación del precedente leibniziano (*cur aliquid potius existat quam nihil*) resalta con acierto que Leibniz dice del *Ens necessarium* que es *Existenticans*². Creo que

1 Tomasso d'Aquino nel suo settimo centenario, 2 (Napoli 1976) pp. 583-608. Al insertar esta breve contribución en el número homenaje que *Cuadernos Salmantinos de Filosofía* le dedica al P. Enrique Rivera de Ventosa, no puedo menos de recordar con añoranza el curso de Filosofía de la historia que le seguí en tiempos en la Universidad Pontificia, así como los múltiples encuentros posteriores en reuniones de seminario en que fuimos compañeros. En este profesor franciscano es difícil no entrever una *expressio et similitudo* de Aquel Santo por el que han sentido admiración y simpatía hasta quienes como Russell no son particularmente sospechosos de efluvios «cristianos», y no las sintieron desde luego por San Bernardo, enemigo de Pedro Abelardo.

2 Dispuesto ya a redactar estas notas, cayó en mis manos el libro de R. Rorty, *La filosofía y el espejo de la naturaleza* (ed. Cátedra). Si no entiendo mal —confieso que me he limitado a hojearlo— pretende retrotraer al nivel de la *conversación* la fundamentación de las leyes formales del pensamiento. Es decir, que después de leer los *Nuevos Ensayos* de Leibniz su pretensión habría que formularla así: reducir al plano de la conversación o discusión lo que se supone en toda conversación o discusión. Lo que él se propone, para expresarlo con palabras suyas, es reducir a cuestión de *φρόνησις* lo que es asunto de *επιστήμη*. Me parece por lo menos chocante cargarse a los griegos, Descartes, Kant, Husserl y Russell, ahí es nada, en nombre del segundo Wittgenstein, el segundo Heidegger y ¡John Dewey! Ah, y en nombre también del conductismo, una especie de conductismo. A Russell le hubiera hecho mucha gracia, especialmente esto último. Y no digamos a Carnap: ¡verse refutado en nombre de Heidegger! En la p. 165 leo: «Explicar la racionalidad y autoridad epistemológica por referencia a lo que la sociedad nos permite decir y no lo segundo por lo primero». En la contraportada se dice que Habermas ha alabado este libro. Elemental, querido Watson. Involuntariamente recuerdo la consideración de Frege (§ 7 de *Los fundamentos de la aritmética*) de que sería asombroso que la ciencia más exacta (a saber, la aritmética y por lo tanto la lógica) se basara en la psicología, que todavía (entonces, y a estos efectos también ahora) anda a tientas, insegura. Y me acuerdo de lo del mutismo de la planta de Aristóteles (*Met.*, 1006a, especialmente 14-15 y 27-28), que justamente vendría a equivaler al «nada habría», por lo menos en el sentido de nada sería decible, «hablable» en la acepción del *Tractatus* de Wittgenstein. Pero es posible que termine haciendo una lectura detenida del libro de Rorty, que por supuesto contiene cosas muy interesantes, con la sospecha, eso sí, de que no se dará la compensación de que él lea algo de Ortega y Zubiri, que también se

se podría traducir zubirianamente como «lo que hace que haya». Y de esto es de lo que quisiera decir algo, apoyándome en la lógica. Extrapolando, ciertamente, y consciente de los peligros que ello encierra; es decir, los peligros que encierra profanar la supuesta neutralidad de la lógica. Pero consciente también de lo esterilizante que puede resultar la excesiva timidez metafísica, mientras los matemáticos y astrofísicos no se avergüenzan en hablar, por ejemplo, de creación continua de materia (Hoyle) o de la transformación de las «tensiones» en «materia», siempre que aquéllas sean *negativas* (Mc Crea). O se habla hoy entre nosotros de las relaciones entre la genética del desarrollo y la lingüística (García Bellido). Se puede hablar de todo; por supuesto, siempre que se intente hablar coherentemente. Todo apunta hoy a la cartesiana comunicación de los géneros.

Y creo que hay por lo menos dos tipos de consideraciones que pueden animarle a uno para que se atreva a saltarse aquella neutralidad:

a) Que incluso los grandes filósofos que no han sido grandes lógicos han dejado concepciones, o empleado maneras de pensar, que luego se han revelado como acertadas o fecundas en el ámbito de la lógica.

b) Que algunos grandes lógicos han filosofado agudamente sobre el tema del compromiso ontológico.

PREFORMACIONES

En cuanto a lo primero, sin hablar de Aristóteles (la distinción entre infinito potencial e infinito actual en el libro III de la *Física*) ni de Leibniz (el sistema binario y un sin fin de anticipaciones) en razón de que pertenecen por derecho propio al gran escalafón de los lógicos, repárese por ejemplo en el talante platónico de la epistemología cantoriana o en

ocuparon del asunto, y de los que tal vez no sepa siquiera que existieron. Está visto que cada cuál ignora lo que quiere. Podríamos decir humorísticamente que se pasa el libro entero viendo licenciados Vidrieras por todas partes, sin conocer el personaje cervantino. Y, cómo no, se incorpora a la moda de defender (o por lo menos disculpar) a Belarmino.

Pero, ¡qué le vamos a pedir a Rorty!, si acaba de publicarse en nuestro país un libro de historia de la filosofía, en cuya redacción intervienen más de una veintena de autores, y creo que no se dedica ni un solo artículo a algún pensador español antiguo, medio, moderno o contemporáneo. Hasta donde yo sé, nunca ha habido nadie en parte alguna que haya escrito tan bien sobre tantas cosas como Ortega. Alabanza que no impide, por supuesto, disentir del gran maestro en puntos importantes, como no impide tampoco el reconocimiento de sus lagunas.

También acaba de llegar a mis manos el libro de Jacobo Muñoz, *Lecturas de filosofía contemporánea* (Ed. Ariel). Veo que el apartado X del «Epílogo» constituye una buena introducción motivadora para lo que aquí vamos a hacer: arriesgarnos a elaborar conjeturas metafísicas a partir de la lógica. En ese epílogo, sugerente y ciertamente muy documentado, que lleva por título «Innovación y continuidad en la filosofía contemporánea», y fechado en el verano-otoño del 83, no recuerdo haber encontrado (ha sido una lectura rápida) los nombres de Unamuno y Zubiri, y el de Ortega aparece una vez, incidentalmente, a propósito de la distinción entre corrientes coetáneas y contemporáneas.

que, como le gustaba decir en clase al matemático Cuesta Dutari, la clase unitaria bien podría denominarse «clase angélica», recordando la doctrina tomista de que en el caso de los ángeles iban asociadas la unidad de individuo y la unidad de especie. A fe que el listado de preformaciones podría ser muy amplio, pero voy a limitarme a un par de consideraciones referidas respectivamente a Plotino y a Kant. El primero³ en la *Enéada* IV, tratado VII, pp. 221-222 de la ed. Aguilar, caracteriza al alma como «un ser en el que la parte es idéntica al todo», lo que con leves retoques equivales a decir con todas las letras la definición actual de conjunto infinito. El concluye que «sobrepasa en su misma esencia al ser de la cantidad y debe, necesariamente, carecer de cantidad». Nosotros diríamos que de ahí se sigue que sobrepasa la *cantidad finita* y su aritmética, en la que se cumple que todo es mayor que las partes. Síguese que Plotino, quien en razón de lo dicho contrapone tajantemente cualidad a cantidad, si conociera la aritmética cantoriana de los números transfinitos, la llamaría seguramente *aritmética cualitativa*.

En cuanto a Kant, a quien es sabido tuvieron muy presente en su obra sabios como Frege, Hilbert, Poincaré, Gödel y Einstein, podrían decirse muchas cosas sin apartarnos del asunto que nos ocupa. Me limitaré en esta ocasión a apuntar lo que, en la esperanza de que no se me malinterprete, me atreveré a llamar «aire gödeliano» en la manera de hacer kantiana. Ambos, Gödel y Kant, cada uno por supuesto en su campo, proceden a *demostrar que no se puede demostrar*; y a establecer, en consecuencia, las limitaciones internas, en un caso de la razón pura, y en el otro, de los formalismos.

COMPROMISO ONTOLOGICO

Por lo que hace al tema del compromiso ontológico me limitaré a reseñar la prestigiada posición de Quine. Como es sabido, una de las contribuciones de este lógico en el estudio de la lógica de predicados de primer orden consiste en haber dado un paso más que Russell. Este había demostrado la posibilidad de eliminar las descripciones, y Quine piensa que, en línea con el truco de Russell, se pueden eliminar también los nombres propios tratándose como si fueran descripciones. Considera Quine que las variables individuales del cálculo lógico vistas desde el punto de mira gramatical son pronombres, para concluir que «ser es ser el valor de una variable»⁴.

3 A Plotino, quizá por su fama de sincretista y oscuro, le debo una lectura detenida; pero siempre que he acudido a él, he encontrado cosas que me hacen pensar si no ocurrirá que, por lo menos a temporadas, le asista la mala fortuna de que a cuenta suya estén haciendo el agosto profesoral lectores que pasan por el río sin ver el agua. Sería desesperante que le estuviera ocurriendo a Hegel tres cuartos de lo mismo.

4 Véase de este autor *Los métodos de la lógica* (Ed. Ariel) y *Filosofía de la lógica* (Alianza Ed.). No es infrecuente que hoy los libros de lógica comiencen con la consideración de que la lógica emerge del lenguaje. En realidad ya Aristóteles procedía

La tesis de Quine formulada en *Desde un punto de vista lógico* es que las entidades cuya existencia se postula implícitamente, no que se sepa que las hay, sino que se dice que las haya (queda uno *comprometido* a que las haya) en el abstracto discurso formal son, para decirlo con las palabras de M. Sacristán en la introducción a la edición española, «sólo aquellas que resultan relata necesarios de elementos pronominales. Y en lógica elemental o «pura» los elementos pronominales (variables ligables) del discurso no refieren a universales sino a individuos del mundo. Sólo en teoría real de clases, cuando las variables ligables (los elementos pronominales) refieren a clases, el discurso está

así en su tratado *Περί ἑρμηνείας*, pues su trama era: nombre, verbo, oración, proposición... Y más que en ninguna otra rama de la ciencia, aquí en la lógica fué decisivo encontrar un lenguaje que se ciñera bien al asunto. Pero, claro está, el lenguaje natural, que está cargado de muchas cosas, lo está también de logicidad, pues nos sirve para proceder con cierta lógica en la vida diaria y en los saberes alejados de la matematización; y a descubrirla debe orientarse el estudio de su gramática. Nada de extraño que El Brocense tuviera tan presente a Aristóteles. Por eso es buen ejercicio tomar una fórmula del cálculo de predicados y preguntarse a dónde han ido a parar allí «las partes de la oración», asociando categorías gramaticales a categorías lógicas.

Las constantes lógicas, incluidos los cuantificadores, se reparten en conjunciones y adverbios. Para los cuantificadores Whitehead y Russell decían «always» y «sometimes», bien que en nota a pie de página precisaran: «always» en el sentido de «in all cases», no «at all times», y lo mismo para «sometimes». Las constantes individuales hacen de nombres propios, mientras que las variables individuales, ya lo hemos dicho, funcionan como pronombres. Las letras predicativas monádicas ocupan lugares de nombres comunes, adjetivos o verbos intransitivos, mientras que las letras predicativas poliádicas suplen verbos transitivos o expresiones relacionales en las que entran preposiciones. De modo que lo único que no aparece es el artículo (en el latín, por ejemplo, no lo había) y la interjección, que obviamente tampoco es esencial en el lenguaje natural.

Aunque sería más efectivo decirlo en alguna revista de Didáctica, no estará demás llamar la atención sobre las desafortunadas denominaciones que de un tiempo a esta parte están utilizando los profesores de lengua. Para librarse de «las subordinadas», les llaman (a esas oraciones) proposiciones, desoyendo o sencillamente ignorando de un golpe a Aristóteles, El Brocense, Los neopositivistas y el Diccionario de la Real Academia. Así chocan frontalmente con el sentido de denominaciones tan usuales y acertadas como cálculo proposicional, lógica de enunciados o lógica de proposiciones, en las que obviamente se hace referencia a las oraciones enunciativas, las apofánticas, únicas susceptibles de ser verdaderas o falsas (y de ahí que sean calculables), y por el contrario catalogan como proposiciones las súplicas, de las que decía El Estagirita que se ocuparía en la Poética y en la Retórica, pero no «en el presente tratado». Es decir, mientras para Aristóteles toda proposición es oración, pero no a la inversa, para estos profesores de lengua, que están fomentando la confusión de lenguas, justamente son proposiciones las que no alcanzan a ser oraciones. Y he tenido ocasión de comprobar que caen en la trampa de calificar de verdaderas o falsas expresiones como «ojalá te parta un rayo» y «venga a nosotros tu reino». Seguramente el Diccionario de la Real Academia no ha patinado en este caso debido a que la palabra «oración» tiene también la acepción de oración como súplica.

En otro orden de cosas, el del «importe existencial», conviene advertir que el expediente de reforzar los modos débiles y subalternos de la silogística con la premisa existencial «hay tal» no permite obtener conclusiones que no puedan alcanzarse también, en el sistema normal de deducción natural, añadiendo en su lugar la premisa «todos son tal», lo que nos lleva a concluir, como sin duda pensaba Lukasiewicz, que el famoso problema de las subalternas se retrotrae al cálculo de enunciados.

postulando una ontología que admite la existencia de abstractos como entes separados, para usar la gráfica expresión aristotélica»⁵.

Y así, al final del ensayo «La lógica y la reificación de los universales», caracteriza en filosofía de las matemáticas al nominalista frente a los demás filósofos por su «negativa a poner, de salida, un universo infinito», y la oposición entre conceptualistas (según él «la más robusta de las tres posiciones») y platónicos la describe como «oposición entre los que no admiten más que un grado de infinitud y los que admiten (capaces de «soportar todo lo que no sea una contradicción») una cantoriana jerarquía de infinitos».

Pero como también es sabido, Quine frente a Kant, Hume y Leibniz, cree que se desdibuja la frontera entre verdades analíticas y sintéticas, entre relaciones de ideas y cuestiones de hecho (distinción presente en el neopositivismo como uno de sus dogmas junto al reductivismo) y entre verdades de razón y verdades de hecho. Consecuentemente cree que entre la lógica y la ciencia natural (y aún entre ésta y la metafísica especulativa) no hay diferencia específica, sino solamente de grado, lo que le lleva a defender que la unidad de significación empírica no hay que perseguirla en los enunciados de la ciencia tomados uno a uno, sino en el todo de la ciencia, y a adoptar una actitud pragmática más completa que la del empirismo moderno (ver el ensayo «Dos dogmas del empirismo»).

CONJETURAS METAFISICAS

Lo que por nuestra parte pretendemos decir se deja sintetizar de acuerdo con la siguiente ordenación:

1. Frente al platonismo de *entidades*, preferimos enfatizar sobre el platonismo de las *leyes*, en el sentido estricto de suponer un núcleo de leyes lógicas (en cuya determinación no vamos a entrar) *inmutables*. Los lenguajes técnicos de la lógica se han elaborado para que en ellos *pueda formularse* ese núcleo de leyes de la lógica *anteriores* a ellos, y no para construirlos⁶.

⁵ Decía Russell, exponiendo a Platón, que la sustancia del asunto de los universales consiste en que no podemos llegar a un lenguaje, y sobre todo si tiene pretensiones científicas, que conste sólo de nombres propios; necesitamos expresiones como «gato», «hombre», «número», o relaciones: semejante, mayor que, etc.

⁶ Supondría incurrir en la más torpe confusión el pensar que, porque en algunas lógicas polivalentes no sea válida la ley de no contradicción, o en la intuicionista el principio de tercio excluso, hubieran de serlo sus negaciones. Que aquellas no se cumplan *siempre*, no quiere decir que éstas tengan que cumplirse. La invectiva orteguiana contra los tres famosos principios de identidad, no contradicción y tercio excluso, o la reciente manifestación zubiriana de que las verdades matemáticas no son verdades eternas y que tampoco lo son las de la lógica, no debería despistarnos. Creo que esos principios pueden ir asociados a las propiedades metalógicas de completitud, consistencia y decidibilidad; y los sistemas que las cumplen son idénticos a sí mismos, evitan la contradicción y se dejan manejar por un procedimiento algorítmico, que no tolera ningún *tertium quid* entre lo que es válido en el sistema y lo que no lo es. Si esto fuera así, desde las relaciones entre las mencionadas propie-

2. Las leyes lógicas no son válidas porque los mecanismos de nuestro cerebro funcionan lógicamente (redes neutrales y teoría de circuitos, etc.), sino que sólo en razón de que nuestro cerebro funciona lógicamente puede *descubrirlas*. Porque los animales las ignoren no dejan de cumplirse en ellos. El cerebro es un caso más de sometimiento a esas leyes, y en este sentido debe interpretarse lo del mutismo de la planta del pasaje aristotélico aludido en nota anterior. Obviamente las leyes lógicas no son válidas porque el ordenador las escriba en una pantalla, sino que el ordenador las puede escribir, porque está construido racionalmente. Y no dejan de ser válidas porque las operaciones de la máquina sean causalmente explicables.

3. Frente a las leyes de otras ciencias las de la lógica admiten ejemplificaciones en cualesquier campo, real o mental (me acuerdo de la definición de conjuntos de Cantor, y de la noción de *ens supertranscendentale* de Juan de Santo Tomás), lo que hace buena la idea leibniziana de considerar a la lógica como ontología de todos los mundos posibles o como ciencia del objeto cualesquiera. (Puede verse el opúsculo de Bochenski *Lógica y ontología*, trad. en Cuadernos Teorema, especialmente pp. 41 y 45).

4. Puedo ir suprimiendo intencionalmente (suprimir sin contradicción) todos los estratos de los seres concretos, pero no puedo suprimir las leyes nucleares de la lógica; y si en los demás casos, borrado el campo queda suprimida la ley, aquí el carácter de insuprimible con que se presenta la ley apunta a la insuprimibilidad del campo; llamémosle objeto cualesquiera o trascendental *aliquid*. En este sentido podría decirse que las leyes lógicas fuerzan a que *algo* sea, sin determinar qué, para cumplirse en ello. O en la acepción menos dura, permiten que las cosas concretas sean, en cuanto nada puede ser y ser contra ellas. La ley lógica admite ser calificada como *existentificans*.

5. ¿Por qué existe algo y no más bien la nada? Porque si no hubiera algo no tendrían donde ejemplificarse las leyes lógicas, pero éstas son insuprimibles. Así que la pregunta correcta es ésta otra: ¿por qué este mundo y no otra cosa?, ¿por qué *estas* cosas y no más bien nada *de esto*? Nada de *esto*, pero nada de todo.

6. Las leyes lógicas se presentan como lo que es y no puede no ser. Combinatoriamente cabe pensar además en lo que es y puede no ser,

dades metateóricas podríamos retrotraernos hasta las diferencias de los tres principios. En todo caso a los sistemas que las cumplen se les puede considerar inamovibles, y casi se puede dar por agotados los campos que ellos cubren.

Me parece que podrían arbitrarse unas asignaciones de valores que dieran lugar a una lógica trivalente como metalógica de la bivalente normal: entre proposiciones con valor 1/2 la implicación tendría el valor 1, la disyunción valdría 1/2, y la conjunción 0. Así resultarían válidas la identidad y la no contradicción, cosa que no ocurriría con la exclusión de tercero en razón de que entre las válidas y las contradicciones se da el término medio de las contingentes. Entre las válidas o deducibles y sus negaciones hay un hueco para las meramente satisfacibles o consistentes. En fin, me incluyo entre los que piensan que las teorías que parecen exigir un cambio de lógica podrán obtenerse añadiendo postulados convenientes a la lógica normal sin cambio.

en lo que no es pero puede ser, y en lo que ni es ni puede ser. Que es y no puede no ser se ha dicho siempre de Dios (o el Uno o el Ser). Al Mundo (al menos como la configuración actual de las cosas) le *pasa* que es, pero puede no ser. En cuanto al Hombre, lo peculiar suyo reside más bien en que más que ser, quiere ser; es un ser que consiste más en lo que no es, pero quiere (y en principio pudiera) ser, que en lo que es. En este sentido, aunque sea parte del mundo como organismo, *sobrepasa* al mundo; es sobre todo *conatus*. Y la cuarta combinación alude a la Nada. (Si alguien prefiere hablar de tres Mundos numerados y Mundo cero, que lo haga. O recordar las cuatro famosas posibilidades de Juan Escoto Eriúgena a base de *naturans*, *naturata* y la negación).

7. Lógica, Ciencia natural, Poesía (en el sentido amplio de arte), e Ignorancia, se corresponden, por las propiedades de aquello a lo que se dedican y por las relaciones de ellas entre sí, con Dios, Mundo, Hombre y Nada. Aunque no pueda decirse en principio que aquellas agoten estos Objetos, lo firme de ellas y de sus relaciones puede atribuirseles a ellos y a las suyas. La filosofía tuvo en un tiempo como principal cometido deslindar y constituir la lógica y las esferas de la ciencia y el arte (también la esfera de lo moral), pero ahora ya no puede (o por lo menos no debe) partir de cero, sino filosofar a partir de esas esferas. Especialmente la ciencia y la poesía se nos presentan ellas mismas como inagotables. No parece tener límite la *originalidad* del científico ni la del artista. Igualmente es inacabable la serie de acciones *nuevas* que puede ejecutar el héroe o el santo, pero de él no nos ocupamos ahora.

8. *Ratio*, *perceptio*, *appetitus* se corresponden, en cuanto a la primacía con que en ellas intervengan, con la lógica, la ciencia y la poesía. Lo más específicamente del ser humano es que en él *no coinciden* el *appetitus* y la *perceptio*, el mundo como Voluntad y el mundo como Representación. Para los demás seres hay siempre la *perceptio* suficiente y ajustada a todo posible *appetitus*. Lo peculiar de la vida humana es que en el caso del hombre *su mundo sobrepasa* o trasciende *este mundo* en el que está y del cual es, en cuanto organismo, parte. Lo que le espera al final es la *coincidencia*, prescindiendo ahora de sí por *aniquilamiento* o *endiosamiento*.

9. La ciencia, en cuanto que necesita de la *perceptio*, y la poesía, en cuanto la mueve el *appetitus*, se le presentan al hombre, respecto de lo que sabe por lógica, como *revelaciones*, por cuanto lo que aquellas muestran del mundo y del hombre podría haber sido de otra manera. De la lógica a lo sumo se sigue *que hay*, pero no puede deducirse *qué haya de haber*. Las leyes científicas no pueden ser *sin* ni *contra* las de la lógica, pero no se deducen de ellas. Son consistentes con las de la lógica, pero independientes de ellas. La ciencia es, pues, irreductible a la lógica. Por su parte la poesía es irreductible tanto a la lógica como a la ciencia, lo cual no quiere decir por cierto que en el poema haya de padecer la inteligencia ⁷.

⁷ Baste en esta ocasión con las siguientes consideraciones orteguianas: «las actividades intelectuales empleadas en la ciencia son, poco más o menos, las mismas

10. Con la exclusión de la *deducibilidad* de las leyes científicas a partir de las de la lógica (con lo que se retoma a otro nivel el problema del hiato kantiano debido a a especificación de las leyes de la naturaleza) queda refutada la *emanación* del mundo a partir de Dios. El mundo no puede ser sin ni contra Dios, pero no emana de él ni se reduce a él, sino que le sobrepasa en el orden de la concreción. El mundo no puede ser sin Dios, ni el hombre sin el mundo, pero el hombre no se reduce al mundo, ni el mundo se reduce a Dios. De esto no se sigue la creación, pero se sigue algo parecido a la relación que establece Aristóteles en el libro XII de la *Metafísica*: el mundo *pende* de Dios. Y algo parecido a la conjetura de Whitehead en la sección IV del capítulo segundo de la parte quinta y final de *Proceso y Realidad*: Dios no crea el mundo, pero lo salva. Quizá pueda interpretarse así el «hacer que haya lo que hay», aunque lo que hay no emane ni se reduzca a lo que hace que haya. También podrá decirse que el hombre *pende* del mundo y de Dios. Motor Inmóvil. Esas leyes «mueven» sin ser movidas. Y, si es que no duerme siempre lo divino, en él coinciden el *appetitus* y la *perceptio* (el objeto del deseo y el objeto del pensamiento son el mismo). ¿Pensamiento del Pensamiento? ¿Una existencia como la mejor para nosotros durante corto tiempo?

Los supuestos mínimos de nuestro punto de partida (se ha prescindido aquí de «la razón práctica») no dan de sí para conjeturar sobre ideales como este de Whitehead: que el juicio de Dios sobre el mundo sea de una ternura que no pierde nada que pueda salvarse. En *Met.* XIV, 1090b, 19, dice Aristóteles: «Y la naturaleza, a juzgar por lo que puede verse, no parece ser inconexa como una mala tragedia». Viene puesto entre paréntesis.

M. FARTOS MARTINEZ

que operan en poesía y en la acción vital». Centrándonos en la metáfora, la diferencia residiría en que mientras en la ciencia ejerce «un oficio suplente», su oficio en la poesía es «constituyente». Pero en ambas interviene lo metafórico; sólo que la identidad que lo metafórico envuelve, en el caso de la ciencia se detiene en el límite de lo verídico, mientras que en la poesía traspasa ese límite, dándole entrada a la exageración. «La metáfora empieza a irradiar belleza donde su porción verdadera concluye. Pero viceversa, no hay metáfora poética sin un descubrimiento de identidades efectivas» (un descubrimiento que podría calificarse de científico). Cf. en el tomo IV de *El espectador* el ensayo «Las dos grandes metáforas», escrito en el segundo centenario del nacimiento de Kant. Y cf. de la *Crítica del juicio* los §§ 49 y 50.